

Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia*

_____ Natalia Quiceno Toro**

Resumen

El presente artículo propone una reflexión sobre el ejercicio etnográfico y el acto de testimoniar en contextos marcados por la “guerra”. Aborda las características que toman el testimonio y su producción en el marco de una investigación con víctimas del conflicto político en tres barrios de la ciudad de Medellín. Se proponen como ejes de reflexión, por un lado, los contextos y los momentos donde tiene escenario el testimonio y, por otro lado, el tema de la escucha y los silencios en la producción de los testimonios. Este artículo cuestiona la idea según la cual el testimonio se produce de manera neutra y sin variaciones según los contextos, emociones y relaciones que se entablan entre investigadores y víctimas, ante lo cual se plantea la alternativa de realizar acercamientos reflexivos que consideren las particularidades y demandas que surgen en los momentos de producción del testimonio.

[181]

Palabras clave

Testimonio; Violencia; Medellín; Víctimas; Etnografía.

Fecha de recepción: junio de 2008 • Fecha de aprobación: julio de 2008

Cómo citar este artículo

Quiceno, Natalia. (2008, julio-diciembre). Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia. *Estudios Políticos*, 33, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 183-210.

* Este artículo hace parte de la investigación “De memorias y de guerras”, desarrollada por el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia en tres barrios de Medellín: La Sierra, Villa Lilliam y el 8 de Marzo. La investigación se realizó en alianza con el Programa de Víctimas de la Secretaría de Gobierno Municipal entre febrero de 2007 y febrero de 2008 y contó con el apoyo del IDEA, COLCIENCIAS y la Alcaldía, en el marco de la Convocatoria Agenda ciudad de Medellín: estudios de ciudad.

** Antropóloga, Investigadora Asociada al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia. Grupo de Investigación “Cultura, Violencia y Territorio”. nataliaquiceno@yahoo.es

Staging, Silences and Moments of Testimony. Fieldwork in Contexts of Violence

Abstract

This article proposes a reflection on ethnographic fieldwork and the act of “bearing witness” in “war” contexts. This reflection is one of the outcomes of a research project focused on political conflict victims in three neighborhoods of Medellín conducted in 2007. The article locates as central points of analysis contexts and moments where bearing witness is elicited [spatial and temporal elements that condition witnessing] as well as the role that acts such as listening and remaining silent play in their production. It challenges the taken for granted idea that bearing witness is neutral and independent of the context of its enunciation, as it shows how spatial and temporal conditions, emotions and the interaction between researcher and victims [“victims”] give shape to people’s accounts and understanding of the political conflict. This article proposes a reflexive posture that takes in account such conditions as an alternative way of approaching acts of bearing witness.

Key words

Witness; Violence; Victims; Medellín; Ethnographic Fieldwork.

[182]

Introducción*

El presente artículo sintetiza el trabajo de campo realizado en el marco de la investigación *De memorias y de guerras*, el cual se desarrolló entre febrero de 2007 y febrero de 2008 en los barrios La Sierra, y Villa Liliam, de la comuna 8, y el barrio 8 de Marzo, de la comuna 9. Estas poblaciones han vivido desde el mismo momento de su poblamiento momentos difíciles por lo que han debido afrontar múltiples expresiones de violencia; sin embargo, fue entre 1995 y 2005 cuando vieron formas inéditas de expresión del conflicto. A los actores armados existentes se sumaron las milicias y algunos bloques armados de los paramilitares, quienes cambiaron y profundizaron la confrontación y, como consecuencia, afectaron la vida cotidiana de los pobladores. Con la llegada de estos actores armados ligados al conflicto político nacional se empezó a hablar en la ciudad de “guerra urbana” y, en efecto, para los pobladores se vivía una guerra. No obstante, las formas en que se desenvolvió el conflicto fueron el resultado de una mezcla particular entre diferentes tipos de violencia. Esto profundizó los enfrentamientos propios de los conflictos barriales, sumó nuevos actores y conflictos, amplió el nivel de la confrontación y, por supuesto, los niveles de violencia, con un saldo de innumerables muertos y víctimas-sobrevivientes.

[183]

La estrategia fundamental de acercamiento al problema fue la realización de diferentes “ejercicios de la memoria”¹ con los pobladores-víctimas del conflicto desde un enfoque etnográfico. La etnografía, como lo propone James Clifford, “es un conjunto de diversas maneras de pensar y escribir sobre la cultura desde el punto de vista de la observación participante” (2001, 24). En este sentido, se trató de un enfoque que desde el acercamiento directo a las víctimas propone reflexiones sobre los sentidos asignados a sus memorias, al pasado, al presente y al futuro de sus barrios, de sus historias individuales y colectivas. Las herramientas de investigación retoman diversas técnicas empleadas en el método etnográfico, como el diario de campo, la entrevista, la observación participante y la interacción constante con los pobladores,

* Agradezco a todas las personas que desde diferentes lugares aportaron a este trabajo: Elsa Blair, coordinadora del proyecto, Isabel Cristina de Los Ríos, Ana María Muñoz y Marisol Grisales, compañeras permanentes en el desarrollo del trabajo de campo y a los habitantes de los barrios quienes nos recibieron, acogieron y compartieron con nosotras sus memorias.

¹ Estos ejercicios de la memoria se enfocaron al trabajo con diferentes dispositivos de la memoria, principalmente, la fotografía y el territorio. En ellos se desarrollaron talleres sobre el álbum familiar, recorridos por los barrios y cartografía social con los pobladores; simultáneamente se realizó un trabajo conjunto con María José Casasbuenas, fotógrafa documentalista, quien, a la par que desarrolló un documental fotográfico, acompañó a los pobladores en el proceso de retratar sus barrios y sus vidas.

en este caso, en el contexto barrial. Durante los meses de abril y agosto del 2007 se desarrolló una serie de actividades en los barrios que combinaban las herramientas propias de la etnografía con técnicas de trabajo en grupo, como talleres, grupos de discusión y grupos focales y recurrían a estrategias de tipo lúdico para evocar las memorias.²

Este enfoque etnográfico nos enfrentó a diversos retos éticos, políticos y académicos. Los primeros están asociados, fundamentalmente, al respeto por las vidas y el sufrimiento, así como al propósito de no hacer aún más vulnerable la seguridad de las víctimas, pues, pese al silencio de las armas, en Colombia no puede afirmarse que la guerra ha cesado; el miedo aún se instala como amenaza permanente sobre la vida cotidiana de estas poblaciones. Otra exigencia ética está asociada al manejo apropiado de las situaciones afectivamente comprometedoras al tratarse de memoria(s) de la guerra y/o el conflicto que desatan en las personas-víctimas una serie de contenidos emocionales difíciles de manejar y que se trasladan, sin duda, al equipo de investigación. Enfrentarse al dolor de esa manera: a una “guerra con rostro”, puede generar y, en efecto lo hace, enormes consecuencias que, finalmente, hacen parte de la misma investigación. En definitiva, la “mirada distante del observador” no existe en estos contextos y es preciso interrogarse permanentemente por el equilibrio necesario entre la cercanía y la distancia que el “trabajo de campo” exige.

[184]

En este artículo se desarrollará una lectura de la “reconstrucción de las memorias” a partir del trabajo realizado con los pobladores de los tres barrios y se llevará a cabo un acercamiento a la dimensión del contexto del testimonio.³ Con tan fin, se abordará el tema de los momentos de producción del testimonio y la escucha, y, sobre todo, la interlocución víctimas-investigadoras, para tratar finalmente el tema del silencio.

A continuación se explorará el lugar de la palabra en estos barrios, más allá de la dicotomía entre silencio y palabra, para reconocer los espacios del testimonio, lo que se dice y lo que se calla. Si bien se trata de traspasar la dificultad del silencio, propia de los contextos de “guerra”, para que el relato se produzca, también se trata de profundizar en las características de ese relato y de ese silencio, pues ninguno de los dos es radicalmente excluyente. También se analizará cómo las condiciones para la producción del

² Un referente metodológico central para el diseño de los diferentes ejercicios de la memoria fue el trabajo desarrollado por la antropóloga Pilar Riaño con jóvenes de la ciudad de Medellín. Durante la fase del trabajo de campo se realizaron en total 15 talleres, 2 recorridos y 13 entrevistas, en estas actividades participaron aproximadamente 130 personas de los diferentes barrios.

³ Para profundizar en un análisis teórico sobre el testimonio, véase Blair (2008).

testimonio y la palabra demandan la constante reevaluación de los enfoques metodológicos, es decir, entablar un diálogo entre la metodología ideal y la metodología posible; así como la manera en que se debe propiciar el testimonio sin violentar al otro.

El artículo está estructurado en cuatro partes: en la primera parte se aborda el tema de los contextos y escenarios de la palabra, allí se tratan temas claves como las situaciones que enmarcan el testimonio en relación a las diferencias entre lo público y lo privado, y la posibilidad de testimoniar dentro o fuera del barrio. La segunda parte aborda los momentos de producción del testimonio, allí se encuentran aspectos asociados a la temporalidad y la historia de los barrios que condicionan y marcan la producción de los testimonios. La tercera parte "Interlocutores y escuchas" se centra en debates de tipo etnográfico sobre el lugar de los investigadores como escuchas y su relación con las víctimas y la última parte aborda el tema del silencio y su relación con la memoria, la guerra y el dolor.

1. Contextos y escenarios de la palabra

Por contextos se entiende, en el caso que nos ocupa, las situaciones que enmarcan el testimonio, lo condicionan y le dan forma, pero que no necesariamente se expresan en palabras. Para hablar de los contextos, lugares y escenarios de la palabra se recurrirá a tres aspectos que fueron fundamentales, no sólo para la recolección de los testimonios sino también para posibilitar la palabra en estos contextos. Estos aspectos tienen que ver con la diferencia entre lo público y lo privado, el adentro y el afuera del barrio, la posibilidad de testimoniar en un espacio colectivo o comunitario y la "dimensión espectacular", que Claudia Feld entiende como la "puesta en escena", donde se evidencian cuáles son las condiciones propicias para el relato, las reglas específicas y los lenguajes que van a determinar la producción de los testimonios (Cf. Feld, 2002).

En los contextos donde se producen los testimonios es importante tener en cuenta la diferenciación entre lo público y lo privado, no como una oposición irreconciliable sino como un marco de posibilidades que deja ver diferentes aspectos del testimonio mismo. La "guerra" altera los marcos normativos, así como los referentes de autoridad y moralidad que están establecidos, afectando de manera radical el ámbito de lo público. En este sentido, se observa que las dificultades expresadas por los habitantes de estos barrios para construir sus relatos en la esfera pública tienen que ver con las

formas en que la “guerra” ha generado fuertes rupturas con lo público y, sobre todo, con los riesgos que esto implica para los sujetos en su cotidianidad.

Varios casos encontrados durante el trabajo de campo permitieron evidenciar la ruptura de la esfera pública en los barrios. Si bien en ellos las dinámicas comunitarias tienen un carácter central, a la hora de hablar sobre lo que ha sucedido en medio de la “guerra” los espacios colectivos pierden validez, pues los fracturados lazos de confianza impiden que las personas se sientan cómodas al hablar de sus experiencias en presencia de sus vecinos. En este sentido, se vio la necesidad de fortalecer una de las estrategias previstas en la metodología: hacer visitas a las personas en sus casas para llevar a cabo algunas entrevistas. Como lo plantea la joven, la casa constituye el espacio validado para testimoniar.

Para contar mi historia prefiero mi casa. Por qué. Porque en mi casa apenas vamos a estar nosotras y en el barrio hay mucha gente chismosa y eso llega a oídos y después me perjudican a mí. Porque a ellos [...] no les gusta casi que nosotras hablemos de esto, no les gusta porque será que les tienen tanto odio a los guerrilleros que no les gusta que ni se los mencionen. Estamos viviendo esto y esto es nada más y ya (Mujer barrio 8 de marzo, comunicación personal, 2007, abril).

[186]

Como lo muestra este testimonio, legitimar los espacios privados para la producción de los relatos evidencia las maneras en que la memoria de la “guerra” y sus lógicas se reviven en el presente. El temor al riesgo que implica hablar y emplear el silencio como estrategia de supervivencia hacen presencia en el barrio y afectan la posibilidad de resignificar esos pasados traumáticos.

La “fractura” de la dimensión pública dentro de los barrios se identificó también en la reacción de algunas personas ante la propuesta metodológica de realizar talleres. Esto se dio principalmente en dos barrios; el primer caso fue en La Sierra donde varias personas, después de la presentación oficial del proyecto, afirmaban estar interesadas en participar pero no deseaban hacerlo en el espacio del taller.⁴ La dificultad para posibilitar el testimonio en espacios colectivos tiene que ver, igualmente, con la complejidad que encierra la dicotomía víctima-victimario en contextos de guerra. Esta situación desató

⁴ Este mismo obstáculo fue experimentado por el grupo de beneficiarios del Programa de Víctimas en este barrio, quienes suspendieron el proceso de atención psicosocial debido a que el espacio dejó de ser un espacio de confianza y las personas empezaron a sentir temor de que los testimonios puestos en público en los talleres les ocasionaran problemas dentro del barrio.

preguntas como ¿son víctimas los familiares de los victimarios? ¿Los familiares de victimarios y víctimas pueden considerarse como personas no involucradas en el conflicto o pueden compartir espacios de atención? Por esto, pensamos que, en contextos de guerra o no-postconflicto, es importante que el trabajo colectivo suceda en “escenarios de confianza”, que la investigación los detecte y los potencie, buscando mantener cierta intimidad o familiaridad incluso en lo público, para que los encuentros no sean sólo espacios de dolor y llanto, o incluso de miedo, sino espacios de solidaridad, apoyo y amistad.⁵

Por consiguiente, la dificultad para testimoniar en el ámbito público hace referencia a la pérdida de credibilidad y valor que los pobladores le dan a los espacios colectivos y comunitarios, lo cual refleja una fuerte ruptura de los lazos de confianza entre los habitantes del barrio. Encontramos casos de personas que ni siquiera validaban su casa dentro del barrio como espacio para hablar y sólo encontraban viable esta posibilidad fuera del mismo. Este hecho se refleja también en los casos de las personas beneficiarias del Programa de Víctimas⁶ que preferían asistir a los talleres de atención psicosocial en el grupo de un barrio distinto al suyo.

Además, con la narración que se generó en los espacios del taller se puso en escena el debate sobre lo que se debe contar en un espacio colectivo y fuera éste. Tal fue el caso de algunas de las historias contadas durante los talleres de álbumes de familia, donde las personas hablaban de sus fotos y evocaban otros tiempos del barrio a través de ellas. En uno de los barrios, por ejemplo, una mujer compartió fotografías donde estaba su hijo, asesinado en el 2001, en compañía de otros jóvenes del barrio; cuando la mujer mostró sus fotos en el grupo solamente se refirió a su hijo recordando que había sido asesinado 6 años antes y que la mayoría de los otros muchachos de la foto también estaban muertos. Cuando terminamos el taller, la mujer se nos acercó y empezó a contarnos quienes eran las personas que acompañaban a su hijo en la foto: eran milicianos del barrio, y explicaba que si bien su hijo no era de la milicia, el andaba con “toda esa gente” y ellos mismos, los amigos, fueron quienes lo mataron cuando decidió prestar servicio militar. Al narrar esta historia volvió a sacar la foto y nos mostró quiénes pertenecían al ELN en aquella época.

[187]

⁵ Este es el caso concreto del grupo con más trayectoria en *Villa Liliam*, donde fue evidente que los espacios que han compartido como víctimas ha contribuido a tejer o “renovar” lazos de amistad y solidaridad barrial entre los participantes.

⁶ El Programa de Víctimas del Conflicto Armado está adscrito a la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía de Medellín. Desde allí se brinda atención a las víctimas del conflicto armado en diferentes sectores de la ciudad desde tres componentes básicos: atención psicosocial, asesoría jurídica y el componente de memoria histórica.

Como lo plantea Catela, es en el marco de esta diferenciación entre los espacios privados y públicos donde se pueden analizar algunos factores que influyen en la producción de los silencios, en tanto que lo no-dicho no obedece necesariamente al olvido. Sobre ello afirma la autora que “en la producción de narrativas destinadas a hablar de experiencias-límite se observa un factor común: el espacio reservado al silencio, a lo no dicho, que debe diferenciarse claramente del olvido” (2004, p. 19).

2. Momentos

Los momentos de producción del relato serán abordados desde tres aspectos: en primer lugar, el momento del “proceso de paz” interpretado por las víctimas, es decir, si ellas realmente ven dicho momento como una posibilidad o no para tener voz, desahogar su dolor y posibilitar una recuperación emocional; segundo, la viabilidad de hablar en medio del dolor y/o la necesidad de una distancia temporal asociada al duelo para poner en palabras lo sucedido y tercero, las implicaciones que tiene, en el momento actual, hacer etnografía e ir en búsqueda de palabras cuando el miedo continua.

2.1 El “Proceso de Paz”. ¿Un momento para escuchar la voz de las víctimas?

[188]

Durante los últimos cuatro o cinco años, en Colombia ha emergido un álgido debate sobre el tema de la memoria y la necesidad de asignar un lugar a las víctimas. Desde entonces, este es un tema que se viene discutiendo en la esfera pública, hecho que marcó una temporalidad particular a nuestro trabajo de campo, se podría decir, parafraseando a Catela (2004), que nos encontramos con un momento “fértil” para desarrollarlo⁷.

Como lo plantea esta autora, la posibilidad de testimoniar no está dada solamente por la voluntad y la experiencia personal. En este sentido toman fuerza los “momentos o acontecimientos históricos” que le dan un marco de posibilidades al testimonio. En el caso de los tres barrios donde se realizó el trabajo de campo, se encontró que la tarea que realiza la Secretaría de Gobierno Municipal a través del Programa de Víctimas del Conflicto Armado,

⁷ “Estos momentos de fertilidad muestran además, que la construcción de las memorias, silencios y olvidos, no está dada de una vez y para siempre, sino que observa temporalidades y espacialidades específicas. Por otro lado, se encuentra delimitada no sólo por la experiencia personal y la voluntad de hablar de cada individuo o institución que la encuadra, reproduce y legitima, sino también por los acontecimientos sociales y culturales desde donde se enuncian y publicitan las memorias” (Catela, 2004, p. 7).

así como el proceso de desmovilización de los grupos armados constituyen dos procesos importantes que han favorecido la posibilidad de testimoniar. Sin embargo, las formas como se han dado estos procesos y como se han conjugado entre sí, sumados a situaciones concretas de los barrios, que aún no permiten establecer un momento de postconflicto, han generado dificultades para que los pobladores sientan realmente que el contexto actual ofrece garantías para testimoniar.

Las dificultades señaladas por los pobladores tienen que ver con la inequidad en el trato a las víctimas en relación con el que se le da a los victimarios, tanto en lo que concierne a los recursos públicos destinados a estas poblaciones, como en el despliegue que unos u otros tienen en la escena pública; la falta de continuidad en los procesos iniciados y la dificultad para articular el tema de las víctimas y los desmovilizados en torno a unos horizontes comunes de reconciliación. Estas dificultades no son de carácter exclusivamente institucional o de los programas que atienden dichos temas, también son fruto de las dinámicas barriales, de la imposibilidad de restablecer la confianza colectiva y de la continuidad de referentes de la “guerra”, como el miedo, las fronteras barriales, la falta de credibilidad en espacios de participación, entre otros. En muchos casos, los dispositivos de la “guerra” siguen instalados, aunque inactivos y, en ese sentido, las personas solamente logran establecer dos diferencias concretas entre la actualidad y el pasado de “guerra”: que los jóvenes en los barrios ya no están públicamente armados y que ya no hay confrontación. Este “nuevo orden”, donde no imperan las balas pero continúa el miedo, es expresado por las personas cuando dicen “todavía uno no puede ponerse a hablar, porque las paredes tienen oídos, entonces es mejor uno quedarse callado, por aquí nadie habla, pase lo que pase” (Mujer del barrio La Sierra, comunicación personal, 2007, marzo).

[189]

2.2 “Para hablar hay que sanar las heridas”

Si bien muchos autores coinciden en resaltar el poder reparador de la palabra en la elaboración de los duelos, también es cierto que, asociado al dolor y a su proceso de duelo, existe un momento de silencio que no necesariamente implica el olvido. Como lo plantea Elizabeth Jelin, la posibilidad de dar testimonio está atravesada por la toma de distancia con el evento traumático.

La posibilidad de dar testimonio [...] requiere ese tiempo de la reconstrucción subjetiva, una toma de distancia entre presente y pasado. Consiste en elaborar y construir una memoria de un pasado vivido, pero no como inmersión total. [...] Una parte del pasado debe quedar atrás,

enterrado, para poder construir en el presente una marca, un símbolo, pero no una identidad (un re-vivir) con ese pasado (Jelin, 2002, p. 94).

Hay otra temporalidad ligada al paso del tiempo, a la distancia temporal que separa los hechos violentos de los momentos de su reconstrucción (Jelin, 2002, Catela, 2004, Feld, 2002). La falta de garantía de la no repetición en contextos como los que abordamos, constituye una dificultad para que esta condición de distancia temporal se cumpla. Si bien muchas personas han avanzado en la elaboración de sus duelos y en la posibilidad de reconstruir sus vidas, perdonar y reconciliarse, en los barrios se vive una constante incertidumbre de que en cualquier momento se pueda repetir lo que pasó en medio de la “guerra”. Esta inminencia de la “vuelta del pasado” es un fuerte obstáculo en muchos de los procesos que hoy se adelantan con estas poblaciones. Del mismo modo se ve afectada la posibilidad de testimoniar: muchas personas sienten que aún no es el momento de hacerlo y algunas, incluso, temen por las consecuencias de sus palabras en el momento en que “esto se vuelva a prender”. Plantean esa posibilidad como una pregunta que implícitamente supone la certeza de que los actores armados recordarán quien dijo qué en el momento de la supuesta “paz”.

[190]

Estas peladas de Secretaría de Gobierno.... me dijeron ‘¿usted es capaz de hablar en público?’, no señora todavía no es tiempo. [...] Yo creo que el proceso es bueno, pero no, no por Dios es que eso cuántos años de guerra (Hombre barrio 8 de Marzo, comunicación personal, 2007, febrero).

Como deja ver claramente este testimonio, las personas reconocen el valor del testimonio y de la reconstrucción de las verdades históricas y sociales de la “guerra”; sin embargo, al hablar de la posibilidad de testimoniar en el ámbito público señalan que “todavía no es tiempo”. Esa distancia necesaria para que cure todos “esos años de guerra” aún no parece estar dada. No obstante, esto no debe limitar la continuidad de los trabajos que reconocen la importancia de recuperar la voz de las víctimas y las acompañan en esa toma de distancia necesaria, así como en la construcción de espacios propicios para la producción de relatos que, sobre todo y en lo más inmediato, pueden ser sanadores.

2.3 A la búsqueda de palabras donde el miedo continúa. Retos y responsabilidades de la investigación

Así como ustedes mismas nos dan la confianza para poder hablar y desahogarnos, y nosotros lo hacemos, también estar pendientes de cómo es que se están haciendo las cosas, porque nos están exponiendo a un peligro más” (Mujer Barrio Villa Liliam, 2007, junio).

Como lo plantea Kimberly Theidon “en la guerra, las palabras acarrear terror. Rumores sobre quien ha visto o hecho tal otra cosa se vuelven cuestiones de vida o muerte” (Theidon, 2006, p. 57). Entender esa dimensión de la palabra en contextos de “guerra”, representa grandes retos para el desarrollo de un trabajo etnográfico. Es importante plantear estos retos, pues, como se ha indicado, el momento en el cual se llevó a cabo el trabajo de campo estaba claramente marcado por los efectos que la confrontación directa dejó en los barrios y en sus pobladores y, en consecuencia, estaba fuertemente determinado por el temor y la incertidumbre ante la repetición de nuevos actos de violencia.

Dentro de los retos encontrados al hacer el trabajo etnográfico bajo estas condiciones, es importante señalar aquellos asociados con la vulnerabilidad de las víctimas. Por un lado, en el trabajo de reconstrucción de las memorias de la guerra es inevitable volver a despertar dolores mitigados o escondidos, ante lo cual no existe una estrategia clara para enfrentarlos⁸ y, por otro lado, se habla de vulnerabilidad con referencia a la seguridad de las personas, en tanto hablar sobre lo acontecido en medio de la “guerra” sigue siendo un riesgo.

Ante este último reto, la estrategia principal fue llegar a los grupos ya creados por el Programa de Víctimas de la Secretaría de Gobierno, lo cual permitió aprovechar los lazos de confianza previamente establecidos por las psicólogas del Programa. Así mismo, se mantuvo un diálogo constante con las personas sobre las condiciones en las cuales se sentían más seguras para participar en los talleres y actividades propuestas por el proyecto; en este sentido, la estrategia diseñada desde el comienzo de combinar los encuentros colectivos en los talleres con visitas individuales a las casas de las personas, permitió equilibrar la demanda de privacidad por parte de las víctimas para la producción del relato. Finalmente, se tomaron medidas muy rigurosas para el manejo de la información recolectada en el trabajo de campo, tanto para su almacenamiento, como para la transcripción y el análisis; guardamos celosamente la identidad de los testigos y se realizó validación de la información recolectada con las poblaciones.⁹

[191]

⁸ Este desafío estuvo siempre presente. Como equipo de investigación académica que, adicionalmente, no tenía psicóloga, temíamos no saber qué hacer ante la aparición de estados emocionales incontrolables generados por el relato.

⁹ Del mismo modo, cada resultado o producto del proyecto que podía exponer públicamente la identidad de nuestros interlocutores, como la exposición fotográfica o el “cuadernillo” sobre las memorias de los pobladores, fue consultado directamente con ellos antes de su publicación.

Para enfrentar el reto de exponer el dolor de estas personas y de reabrir sus viejas heridas, la mayoría de ellas aún sin sanar, se partió de un acercamiento respetuoso del dolor del otro, al asumir las víctimas como sujetos con “historias de vida” que van más allá del acontecimiento que las ubicó en el “lugar” de víctimas y que son igualmente importantes para entender la magnitud de las “heridas” causadas por la “guerra”. Esta mirada más amplia o de larga duración, con respecto a la experiencia de estas personas, se empezó a visualizar como un aspecto central a medida que se producía un mayor acercamiento a los contextos de trabajo. Además, se recurrió a una estrategia metodológica que permitiera trabajar con la memoria desde su evocación a través de diferentes dispositivos y evitar así el encuentro con las víctimas sólo a partir de una pregunta a secas por el pasado violento.

La manera como las personas incorporan y elaboran esas experiencias son aspectos que solamente pueden ser leídos a través de un ejercicio etnográfico, donde la recolección del relato trasciende la pregunta por el acontecimiento trágico. Desde esta perspectiva se abordaron las historias de barrio, las cuales permitieron hacer un acercamiento a la comprensión de situaciones previas y posteriores del conflicto vivido por las víctimas y que les permitió a éstas reconocerse, no sólo como víctimas, sino también como sujetos protagonistas de historias de lucha, de solidaridad y de fortaleza; aspectos que contribuyeron a ubicar el momento trágico de la “guerra” en una línea temporal más amplia y, en ese sentido, pensar en un futuro alejado de la “guerra”.

[192]

2.4 El trabajo desde dispositivos de la memoria

Desde sus inicios, el enfoque metodológico suponía el trabajo a partir de dos “dispositivos” de la memoria: la imagen y el espacio. El dispositivo de la imagen se trabajó a través de “ejercicios de la memoria” con los álbumes familiares, que permitieron la participación de los pobladores, la toma de sus propias fotografías y la construcción de un documental fotográfico. Esta estrategia contribuyó también a la apropiación del proyecto por parte de los pobladores, en la medida en que se lograban identificar con la construcción de los productos.

El segundo dispositivo, que abarca la perspectiva de la dimensión socio-espacial de la memoria, permitió pensar las dimensiones espaciales del conflicto: las huellas que éste había dejado en el espacio, las maneras como éste se vive en el actual contexto de “no postconflicto”, además de permitir el análisis sobre el tema de las prácticas espaciales como estrategias de sobrevivencia en medio de la “guerra”. De este modo, los ejercicios

desarrollados con tal fin, como el trabajo “cartográfico” con dibujos de los barrios, permitieron darle a las personas una participación activa en el proyecto que no se redujera a la narración de su experiencia traumática.

Pese a las estrategias del diseño metodológico, la vulnerabilidad a la cual enfrentaba el trabajo con las víctimas solamente lograba mitigarse. Los dolores y huellas dejados por la “guerra” sobrepasaban, en muchos casos, cualquier estrategia o voluntad de no hacer más doloroso el recuerdo e, incluso, cruzaba las fronteras subjetivas para impregnar todo el ambiente de los talleres o de las entrevistas con un desconcierto colectivo. En muchos casos, el hecho de volver sobre los dolores pasados era más complejo cuando las condiciones de estas personas, tanto a nivel emocional como socioeconómico, no habían mejorado desde que vivieron su experiencia traumática, o incluso desde su llegada al barrio. Ante tales situaciones “extremas”, nuestro papel como investigadoras fue establecer “puentes” entre las personas y las diferentes instituciones de orden local encargadas de la atención a las víctimas o remitir el caso, directamente, al Programa de Víctimas de la Secretaría de Gobierno.

3. Interlocutores y escuchas

La necesidad de contar puede caer en el silencio, en la imposibilidad de hacerlo, por la inexistencia de oídos abiertos dispuestos a escuchar

[193]

Elizabeth Jelin

Si bien escuchar parece ser un ejercicio sencillo, en contextos como los de esta investigación, tal ejercicio se hace muy complejo y pone de manifiesto varios retos a los interlocutores. Sin duda, es necesario “aprender a escuchar”, máxime cuando lo que se va a escuchar está cargado de emociones tan fuertes. Reconocer el dolor del otro y acompañarlo en él hacen parte de los desafíos que propone este ejercicio en el marco de la reconstrucción de memorias de la “guerra”; así como calibrar constantemente la cercanía y la distancia con las poblaciones en “el campo”; reconocer que la vida de las “víctimas” va más allá del hecho o el acontecimiento violento, reconocer la importancia de ofrecer espacios alternativos para hacer menos agresivo el volver a las historias cargadas de dolor y enfrentar la dificultad para encontrar los “marcos culturales interpretativos” adecuados (Jelin, 2002) con el fin de comprender lo sucedido. Finalmente, todos estos retos permitieron valorar la importancia de los espacios de construcción de las memorias y del contenido mismo de los recuerdos, pues, en el tema de la escucha, es central identificar qué espacios

nos invitan de manera cordial a trabajar la memoria, vale decir, a acompañar en el recordar sin ejercer presión por parte de quien pregunta y/o escucha.

3.1 La etnografía. Un escenario para escuchar(se)

Los modos en los que el testimonio es solicitado y producido no son ajenos al resultado que se obtiene

Elizabeth Jelin

[194] Un elemento distintivo de la etnografía contemporánea es la intención de retomar el conocimiento del otro, esto es, propiciar un diálogo en el cual la “lógica” que lo sostiene no esté basada en la “extracción” de la información de un contexto. La etnografía no es tomada aquí como medio, sino como una forma de acercamiento donde se reconocen los diferentes tipos de conocimiento y la diversidad de experiencias que tienen los sujetos en un contexto específico; ya no se trata de elaborar descripciones asépticas donde el conocimiento del otro, sus prácticas y sus valores no estén “contaminados” por el conocimiento del investigador, sino de interlocutar con el otro para producir análisis que incluyan y reconozcan el conocimiento y la experiencia de los sujetos acerca de los cuales se investiga. Reconocer el valor de la escucha en el ejercicio etnográfico y la importancia de su cualificación, en medio del trabajo de campo, confronta con varios debates propios de la etnografía que, sin embargo, en contextos de “guerra”, toman un matiz particular. Estos son: la llegada al campo, las actividades y estrategias adoptadas en campo y el lugar del investigador en relación con los sujetos de la investigación y los contextos de trabajo.

3.2 Llegar al campo

La forma como se accedió a los barrios y sus pobladores representó un reto importante para el desarrollo exitoso del trabajo de campo. En un proyecto con víctimas, el modo de acceso a las personas con las que se va a trabajar puede condicionar el tipo de información que se va a recibir y, sobre todo, la posibilidad de poner en marcha metodologías respetuosas que no pongan en riesgo a las personas o las vulneren en el transcurso de la indagación sobre un tema delicado y doloroso. La llegada al campo deja ver, sobre todo, la importancia del tipo de relación que se va a establecer entre investigadores y sujetos de investigación, entre entrevistador y entrevistado. Aquí se ponen en juego las afinidades y lo que Catela llama como “las confianzas negociadas y frágiles” (Catela, 2004, p. 4).

La alianza con el Programa de Víctimas de Secretaría de Gobierno constituyó un acumulado importante para hacer más amable la llegada a los barrios. La estrategia inicial fue visitar a las psicólogas del programa que se encontraban trabajando en estos barrios y hablar sobre los lugares, la dinámica de sus trabajos y el proyecto. Ellas fueron un puente crucial para establecer los primeros contactos. Posteriormente, se llevaron a cabo visitas a los barrios y a los grupos. En el caso de La Sierra, la convocatoria se amplió debido a las dificultades que venía presentando el grupo de atención psicosocial, el cual se encontraba en etapa de disolución al momento de la llegada de nuestro proyecto; en este barrio, las dificultades para conformar un grupo de trabajo y establecer vínculos de confianza para el trabajo en equipo se empezaron a evidenciar desde el momento mismo de la llegada.

En el proceso de llegada se empezó a dimensionar las diferencias entre los barrios y las fracturas heredadas de la “guerra”. La disposición a escuchar y la propuesta metodológica del proyecto también constituyeron elementos que se sumaron de manera positiva al establecimiento del primer contacto en los barrios. En este sentido, la llegada estuvo marcada por el reto de hacer flexibles las herramientas metodológicas y estar muy atentas a los temores, expectativas y disponibilidades expresadas por los pobladores, para ajustarnos constantemente a ellas y establecer una relación respetuosa, que priorizara el tiempo y la disposición de las personas antes que el cronograma de actividades.

[195]

Como se señaló anteriormente, el enfoque etnográfico permite trascender el sentido del “acontecimiento doloroso” para indagar por la experiencia subjetiva en medio de la “guerra”; por lo cual, también se hace relevante el tema de la escucha en la propuesta metodológica. El contexto demandaba ampliar el margen de lo que podía representar interés de escuchar como investigadoras; fue así que tanto las historias de vida de los pobladores como las historias del poblamiento de los barrios empezaron a ser centrales en la interlocución con los pobladores.

Vea es que la diferencia es eso, que en este taller ha sido diferente porque en los otros talleres se la pasa uno hablando de lo mismo, de las víctimas, acá la diferencia es que hemos hablado, sí de las víctimas pero no tanto como en las otras partes, sino acá hemos hablado como más de amigas, de amistad, como más de familia, unos talleres como más de amistad y no recordando eso tan duro, porque en los otros talleres no era sino chille y chille y lloremos y chillamos parejo, acá no. Acá era como si fuéramos vecinas, con más confianza (Mujer del barrio Villa Liliam, comunicación personal, 2007, agosto).

En términos de la escucha y la interlocución, también se evidenció la importancia del “cierre” de este trabajo de campo, pues, ante la conclusión del mismo, las personas expresaban sentimientos de un nuevo abandono, el cual nos enfrentó a la dificultad de pensar en cómo hacer la ruptura. Esto hizo notoria la importancia de impulsar procesos de largo aliento, donde la escucha trascienda el contexto de un trabajo de campo, que, por obvias razones, tiene un tiempo muy delimitado.

3.3 Las investigadoras como escuchas

El testimonio incluye a quien escucha, y el escucha se convierte en participante, aunque diferenciado y con sus propias reacciones

Elizabeth Jelin

Me pareció importante para mí como salir de esto en lo que vivo y salir a una parte donde me siento que me oyen, que me están escuchando, lo que yo hace tanto tiempo quiero hablar con alguien, pero en el barrio no lo puedo hacer, lo estaba haciendo en otra parte”

Testimonio Mujer de Villa Liliam

¿De qué manera debemos escuchar a las víctimas? Esta constituye una pregunta metodológica de suma importancia en la propuesta de Elizabeth Jelin sobre la escucha activa. En este punto surgieron dos reflexiones importantes. Por un lado, el papel del investigador con el fin de propiciar testimonios reparadores que ubiquen los acontecimientos violentos en el pasado, permitan crear una distancia con ellos (Cf. Jelin, 2002) y generen un análisis sobre el valor de los trabajos de la memoria y su relación con la reflexividad en el ejercicio etnográfico, por otro lado, el lugar del investigador como testigo del dolor de otros, como sujeto activo que captura y almacena información, pero, a su vez, como sujeto emocional que, en el encuentro con el otro, se carga de su dolor.

El ejercicio de escucha, en el contexto de una entrevista o alrededor de un taller, pone de relieve la pregunta por aquello que se desata en el otro al estimular el testimonio. Sin duda, la palabra en un contexto investigativo tiene

otras particularidades: es una palabra estimulada por el investigador y difiere de aquella que se produce en el diario vivir de las personas. A pesar de la dificultad que representa volver sobre recuerdos dolorosos, la producción del testimonio frente a otro con capacidad de escucha permite la reconstrucción de sentidos del pasado. Como lo plantea Jelin, “la narrativa que está siendo producida y escuchada es el lugar donde, y consiste en el proceso por el cual, se construye algo nuevo. Se podría decir, inclusive, que en ese acto nace una nueva ‘verdad’” (Jelin, 2002, p. 84). Volver sobre el recuerdo no tiene sentido si se trata de reactualizar el trauma, no consiste en capturar algo pre existente guardado en un rincón oscuro, se trata, más bien, de construir en el momento en que se narra, de interpretar desde un nuevo momento y un nuevo lugar ese pasado, de darle un sentido al pasado, es decir, hacer memoria. Por eso “cuando se abre el camino del diálogo, quien habla y quien escucha comienzan a nombrar, a dar sentido, a construir memorias. Pero se necesitan ambos interactuando en un escenario compartido” (Jelin, 2002, p. 84).

El trabajo de campo representó esa posibilidad de la escucha y el diálogo con las víctimas, el encuentro con sus realidades, experiencias, temores y sueños. Después de este encuentro, era necesario proporcionar marcos interpretativos y de análisis al conjunto de los testimonios y situaciones. Con este proceso, se pasó a abordar la dimensión del investigador como testigo que tiene como reto encontrar y propiciar escenarios para la escucha del relato re-construido a partir del trabajo con las comunidades. En el siguiente aparte se abordará la relación que estos retos exponen al método etnográfico desde la mirada a la reflexividad, concepto planteado por la etnografía para designar las formas como desde el lenguaje y la práctica etnográfica se están configurando nuevos sentidos de realidad.

[197]

3.4 La reflexividad y los ejercicios de la memoria

Igualmente, la etnografía propone una reflexión acerca de las propiedades constitutivas del lenguaje que tiene un lugar importante en este debate sobre el testimonio y la escucha como componente del mismo en la producción de memorias. Este aspecto de la etnografía ha sido denominado como la reflexividad, la cual constituye una propiedad del lenguaje enmarcada en su función performativa, en este sentido, “las descripciones y afirmaciones sobre la realidad no sólo informan sobre ella, la constituyen. Esto significa que el código no es informativo ni externo a la situación sino eminentemente práctico y constitutivo [...] describir una situación es, pues, construirla y definirla” (Guber, 2004, pp. 45-46). Esta dimensión de la reflexividad pone de relieve, por un lado, la posibilidad del testimonio para asignarle nuevos sentidos al pasado,

recrear nuevas interpretaciones y darle otro sentido al presente y al futuro; por otro lado, evidencia cómo, en las lógicas de reconstrucción del pasado, se producen versiones del mismo que hacen públicas unas dimensiones del relato y los acontecimientos pero silencian otras (Castillejo, 2007).

La reflexividad, como propiedad constitutiva del lenguaje, está presente en la dimensión política del testimonio¹⁰, pero, al mismo tiempo, en los riesgos que éste acarrea en contextos como los trabajados. Los actores de la “guerra” están constantemente atentos a “lo que se dice” para “actuar” frente a quienes sirven de testigos. Si estos testimonios contradicen lo que propone el orden instituido en el barrio, estos se consideran como una trasgresión, cuyos autores son juzgados como “sapos” o como informantes. A esta situación se agrega el rumor como un elemento central en la construcción de un ambiente de paz o de “guerra”. Ante afirmaciones como “por ahí están diciendo...” o “uno escucha que...” los pobladores reaccionan al figurar ciertas condiciones de realidad, tensión, temor, o intranquilidad, que no siempre corresponden con la situación real, pero demuestran la fragilidad de estos contextos ante la situación que se vive en los barrios: una paz entre comillas.

[198] El concepto de reflexividad, que “comenzó a ocuparse de cómo y por qué los miembros de una sociedad logran reproducirla en el día a día” (Guber, 2004, p. 44), evidencia el valor de los trabajos de la memoria, en tanto permiten romper un círculo donde la palabra se puede convertir en reproductora de la “guerra”. Por consiguiente, se trata de reproducir otras dimensiones, historias y valores presentes en los barrios a partir de esa propiedad constitutiva del lenguaje, con el fin de poder leer y volver sobre el pasado de “guerra” para asignarle sentidos que permitan sanar las heridas y dejar el pasado atrás.

Siguiendo a Guber: “admitir la reflexividad del mundo social tiene varios efectos en la investigación social” (2004, p. 31). Esto exige comprender, por un lado, la dimensión política de los relatos producidos por los investigadores, donde se trasciende el lugar de la descripción para ubicarla como productora de las situaciones mismas que describe por el otro, que los “fundamentos epistemológicos de la ciencia social no son independientes ni contrarios a los fundamentos epistemológicos del sentido común” (Guber, 2004, p. 43), y por último, que los métodos de la investigación social son, básicamente, los mismos que se usan en la vida cotidiana. Por tanto, es tarea del investigador aprehender las formas en que los sujetos de estudio producen

¹⁰ Esta hace referencia a las posibilidades, riesgos y retos que ofrece la palabra en contextos de guerra. El testimonio y el acto de testimoniar se constituyen en elementos claves que enmarcan relaciones de poder, miedo, peligro o confianza y solidaridad.

e interpretan su realidad para aprehender sus métodos de investigación (Cf. Guber, 2004, pp. 15-47).

Así entendida, la reflexividad trasciende el sentido exclusivo de “la conciencia del investigador sobre su condición sociocultural” (Guber, 2004, p. 48) y propone la interrelación entre el conocimiento científico del investigador, su condición sociocultural y el conocimiento y las condiciones de los sujetos de investigación. Tres reflexividades están constantemente en juego en el trabajo de campo: “la reflexividad del investigador en tanto que miembro de una sociedad o cultura; la reflexividad del investigador en tanto que investigador, con su perspectiva teórica, sus interlocutores académicos, sus habitus disciplinarios y su epistemocentrismo; y las reflexividades de la población en estudio” (Guber, 2004, p. 49). A partir de esta interrelación de reflexividades, autores como Rossana Guber reivindican el valor del trabajo de campo, pues en él

modelos teóricos, políticos, culturales y sociales se confrontan inmediatamente, —se advierta o no—, con los de los actores. La legitimidad de “estar ahí” no proviene de una autoridad del experto ante los ignorantes, como suele creerse, sino de que sólo “estando ahí” es posible realizar el tránsito de la reflexividad del investigador, miembro de otra sociedad, a la reflexividad de los pobladores. [...] En suma, la reflexividad inherente al trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre reflexividad del sujeto cognoscente, —sentido común, teoría, modelos explicativos—, y la de los actores o sujetos/objetos de investigación (Guber, 2004, p. 53).

3.5 “Ante el dolor de los demás”¹¹

Es que vea es que a nosotras nos gusta esas personas que vienen a vivir eso con nosotras y se pellizcan, no lo vivieron pero lo sienten [...], es que yo digo: no hay nada más bonito que llegue una persona a dictar un taller y trate de meterse en el mundo de nosotras que es tan difícil y ellas sientan lo que nosotras estamos sintiendo

(Mujer del barrio Villa Liliam, comunicación personal, 2007, agosto)

¹¹ Título tomado del libro de Susan Sontag (2003).

En el trabajo de campo, el principal instrumento de investigación es el investigador mismo “con sus atributos socialmente considerados, —género, nacionalidad, raza, etc.” (Guber, 2004, p. 18). Al reconocer esta característica del trabajo de campo se quiere abordar varias de sus implicaciones en el trabajo con víctimas de la “guerra”. Una de ellas es el riesgo y la dificultad propia de hacer un trabajo de campo en contextos de no pos conflicto, donde se expone la seguridad del equipo de investigación. Esta dificultad fue sorteada gracias a que el ambiente era evaluado constantemente por las mismas personas con las que se realizó el trabajo, quienes nos advertían sobre la viabilidad o inviabilidad para hacer determinadas actividades. En este aspecto, también jugó un papel importante el acompañamiento y asesoría de la Secretaría de Gobierno Municipal y, sobre todo, nuestra pertenencia a una universidad pública reconocida y respetada en la ciudad.

Cabe señalar que en la medida que se profundizaba y avanzaba el trabajo de campo, se encontró un aspecto aún más complejo de manejar: enfrentar las propias emociones. La impotencia, el desconcierto y la desesperanza eran los sentimientos más comunes en la primera etapa de encuentro con estas poblaciones; después la tristeza y el dolor. Nos parece importante resaltar estas implicaciones de nuestro lugar de escuchas, pues, como lo plantea Patricia Tovar, “son pocos los trabajos que nos permiten un vistazo al impacto de las emociones que tenemos frente a nuestros sujetos de trabajo y cómo describimos esto en las etnografías” (Tovar, 2006, p. 59).

La etnografía, en estos contextos, sobrepasa el ejercicio descriptivo y demanda trascender objetivos como la recolección de información de primera mano, para proponer el establecimiento de las relaciones de solidaridad, de acompañamiento y de amistad con los sujetos de investigación. En muchas oportunidades, el trabajo de campo estuvo determinado por situaciones donde era imposible desarrollar un taller o era necesario cancelar la entrevista y las visitas. Con todo, en ese cuadro de imprevistos, marcados por la situación de los barrios, sus pobladores y la complejidad del tema de investigación, se debió volver a una vieja premisa de la etnografía: aprender del “estar ahí”, observar y describir.

Un aspecto que influyó en la cercanía emocional con las poblaciones fue nuestra condición de mujeres. Esta fue muy importante en el trabajo de campo, tanto en la llegada al barrio, pues logramos generar menos sospechas y recelos, como en la facilidad para establecer relaciones de solidaridad, de comprensión y confianza con la población, que en su mayoría eran mujeres. Como lo expone Patricia Tovar, en su trabajo *Las viudas del conflicto armado*

en Colombia, “el intercambio implicó compartir nuestras vidas y el interés por conocernos un poco más profundamente. [...] Esto suponía tener una palabra de apoyo, un consejo, un acompañamiento o el ofrecimiento de una mano amiga” (2006, p. 71). Esa cercanía que, se tradujo en una fuerte carga emocional para nosotras mismas como investigadoras, debía objetivarse, es decir, debía ser mediada por la razón para asumirla y enfrentarla. Poner distancia sin volvernos ajenas y sin romper los lazos establecidos con las personas en los barrios, esto se convirtió incluso en una necesidad para nuestra propia estabilidad emocional.

Algunos de los fragmentos de los diarios y las reflexiones de campo ponen en evidencia lo que desataba cada visita a los barrios, cada encuentro con las víctimas y sus historias.

Es “difícil llegar a estos barrios” sentir de cerca las “luces y las sombras” de esta ciudad que esconde la mayoría de sus habitantes y que expone artificiosos destellos de luz en su visión empresarial, pujante y de “bella villa”. Es “difícil llegar a estos barrios” porque somos evidentemente extrañas, casi extranjeras a no más de media hora de nuestras casas (Auxiliar de investigación, notas de campo, 2007, abril).

Esta etapa de campo ha sido tan enriquecedora como difícil de vivir, no se trata de una neurosis del etnógrafo sin sentido sino de una reflexión ética que se requiere. Ir a estos barrios y sentir el conflicto aún latiendo te hace preguntar a cada instante por el sentido y el rumbo de lo que estamos haciendo, además de que llega a ser tensionante toda la situación, más aún cuando ha sido un trabajo de campo tan intenso, de visitas llenas de descargas emocionales muy fuertes y dolorosas. A lo que se suma la certeza de que estos sentimientos “despertados” no sólo se quedan en nosotras sino en todas aquellas personas con las que hablamos (Auxiliar de investigación, notas de campo, 2007, marzo).

No es sencillo salir de los barrios y retomar el curso de las otras cosas que hacen parte de mi vida de manera normal ya que, emocionalmente, uno sale golpeado, cargado de las realidades de las otras personas con las que trabajamos en los barrios, insertando sus vidas y sus realidades a lo que es Medellín (Asistente de investigación, notas de campo, 2007, julio).

Qué hacer ante el dolor de los demás, es una pregunta que debe seguirse planteando en los ejercicios etnográficos desarrollados en contextos de “guerra” o con sus víctimas. Escuchar, sentir y vivenciar el dolor del otro, o incluso sentir la imposibilidad de comprenderlo y dimensionarlo, hacen parte de los efectos que tiene el trabajo de campo en los investigadores. Si bien

aquí no hacemos una reflexión en extenso sobre este aspecto, si queremos llamar la atención sobre las formas como se hace la puesta en público del dolor de otros, sobre la forma como lo enfrentamos y las intencionalidades e implicaciones políticas que esa puesta en público trae.

4. Silencios

Resulta común asociar el silencio con el olvido. Sin embargo, en los barrios se pudieron constatar varias dimensiones del silencio: el silencio como estrategia de sobrevivencia, el silencio como recurso para conservar la intimidad del dolor y el silencio como expresión de dolores crónicos, sucesivos y sin recuperación. En este sentido, tiene valor la propuesta de Catela, quien comprende los silencios desde múltiples perspectivas como estratégicos y conscientes o auto impuestos por los mismos entrevistados (Cf. Catela, 2004, p. 2).

4.1 El silencio como estrategia ante los riesgos de testimoniar

[202]

El silencio se ha convertido en una estrategia de supervivencia, una forma de socialización aprendida como parte de la cotidianidad que instaura la “guerra” y sus efectos. Esta dimensión del silencio tiene escenario, sobre todo, en los contextos públicos, y da cuenta de la fractura de los vínculos de confianza colectiva que han vivido los pobladores de estos barrios. En los tres barrios era recurrente encontrar esa dimensión del silencio. También se encontró otra dimensión del silencio: la censura en relación con “el pasado miliciano” de algunos de estos barrios, especialmente en el caso de La Sierra y el 8 de Marzo; ese silencio, ya no traumático sino estratégico, tiene que ver con la presencia actual de los desmovilizados de los grupos paramilitares y posee la característica particular de autocensura, en relación con “los oídos que escuchan”.¹²

El barrio 8 de Marzo vivió más de una década en la que los milicianos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) hicieron una fuerte presencia. A tal punto que las mismas personas del barrio reconocen que la mayoría tenían algún familiar involucrado con este grupo. Posteriormente, estos se reinsertaron a la vida social y se articularon a las dinámicas cotidianas del barrio. Con la llegada de los grupos paramilitares y el consecuente desplazamiento de las

¹² Esta expresión hace referencia a la posibilidad de que los desmovilizados que se encuentran en el barrio y no hacen parte de la historia miliciana de este barrio, escuchen y tomen represalias con familiares, amigos o vecinos de antiguos milicianos.

milicias del ELN, entre los años 2001 y 2003, aquellas personas que vivieron la presencia miliciana, e incluso crecieron a su lado, hoy experimentan la necesidad de silenciar esa historia por temor a las reacciones que puedan tener los grupos de desmovilizados paramilitares presentes en el barrio. Cabe anotar que estos últimos no corresponden al grupo de actores protagonistas de la “guerra” en el lugar, sino a un grupo que se apoderó del barrio en una operación militar, por lo que son identificados como “la gente que llegó de afuera”, y ante quienes la historia miliciana vivida por el 8 de Marzo, debe ser censurada.

4.2 Los silencios y la expresión del dolor

Y cuando yo le digo a usted que eso no fue una noche, quiero decirle que esa noche todavía no ha pasado [...] es algo que aún vivimos. Y para mí fue como asistir a mi propio sepelio. Entonces eso es algo que no hay palabras como para uno expresar

(Mujer del barrio Villa Liliam, banco de testimonios del programa de víctimas, 2006)

[203]

Como lo plantea Enrique Ocaña: “si el grito es la manifestación del dolor agudo, el silencio suele ser la respuesta más frecuente al dolor crónico” (1997, p. 38). En el anterior testimonio, realizado por una mujer del barrio Villa Liliam, se ve claramente esa dimensión del dolor crónico y de los traumas de la “guerra”, de las heridas que no han sanado a pesar del tiempo, pues, como ella misma lo expresa, parece ser un tiempo detenido, un tiempo que “no ha pasado” y está cargado con el mismo dolor de la noche en la que experimentó los rigores de la “guerra”.

Jelin afirma que el silencio traumático no tiene efectos en el nivel subjetivo exclusivamente¹³ y esto se evidencia en la manera como el sufrimiento del otro, trasciende la propia subjetividad, pues, al impedir el recurso al lenguaje, afecta la posibilidad de comprensión y escucha de una

¹³ “El dolor y sus marcas corporales pueden impedir su transmisibilidad, al remitir al horror no elaborable subjetivamente. El sufrimiento traumático puede privar a la víctima del recurso del lenguaje, de su comunicación y esto puede impedir el testimonio. [...] pero también los “otros” pueden encontrar un límite en la posibilidad de comprensión de aquello que entra en el mundo corporal y subjetivo de quien lo padece” (Jelin, 2002, p. 96).

sociedad. La importancia de la superación del trauma tiene que ver también con la superación de los silencios colectivos, que tienen lugar cuando una sociedad no está preparada para escuchar los dramas de las víctimas. Esto pone en evidencia otra dimensión del trauma y la relación que tiene la posibilidad de su superación con el tema de la escucha y la interlocución.

Como lo expresa Castillejo (2007), los contextos de producción de los testimonios similares a aquellos de las comisiones de la verdad limitan el marco de lo que la sociedad debe escuchar sobre las víctimas, pues producen grandes omisiones sobre las causas, efectos e impactos de las violaciones sobre los sujetos y las sociedades. Esto es debido a que, en la mayoría de los casos, los testimonios se limitan a las violaciones sobre los cuerpos. Por tal razón, consideramos de suma importancia las reflexiones sobre los silencios, sus formas y dinámicas de producción, al igual que sobre otros aspectos del testimonio, como la contextualización y la ubicación de los acontecimientos en un marco temporal amplio, donde, además de los hechos de violencia que marcaron a las víctimas, se evidencien sus experiencias históricas de exclusión, como ha sido nuestra propuesta para el estudio de estos barrios de Medellín.

4.3 Un recurso para conservar la intimidad del dolor

[204]

Los silencios también pueden reflejar una búsqueda de restablecer la dignidad humana y la ‘vergüenza’, volviendo a dibujar y a marcar espacios de intimidad, que no tienen porque exponerse a la mirada de los otros

Elizabeth Jelin

Después de presentar la estrategia metodológica que se implementaría durante el trabajo de campo, una mujer se nos acerca y comenta “¿cómo creen que uno ha podido vivir treinta años aquí en La Sierra? Callado” (Mujer barrio La Sierra, comunicación personal, 2007, enero). Esta frase nos impactó profundamente, pues es un rechazo directo a la invitación de reconstruir las memorias por la vía del relato. Luego de tal sentencia la mujer continuó explicando su punto de vista, dijo que no nos extrañaríamos si no se verbalizaban muchas de las cosas vividas en su barrio durante el periodo de la “guerra” y menos en público o en espacios como el del taller; pues allí era de esperarse la presencia de “los infiltrados” “que están por todas partes escuchando lo que la gente dice” y termina su posición con esta frase “cómo

creen que me voy a poner a decir en público que ese hijueputa [sic] violó a mi hija" (Mujer barrio La Sierra, comunicación personal, 2007, enero).

En esa pequeña conversación, generada en nuestra segunda visita al barrio La Sierra, se puso en escena, si bien de manera ambigua, el tema del silencio y la palabra. Esta mujer no cerraba la posibilidad de testimoniar, incluso dijo, en medio de la conversación, que había escrito cosas sobre el barrio, pero que eso era distinto al hecho de contar lo sucedido en público.

En dicha conversación, esta mujer marca varios límites a la posibilidad de testimoniar —algunos de ellos evidenciados anteriormente, como la imposibilidad de narrar ante los vecinos, en el contexto del barrio y en espacios colectivos—, entre estos, existen dos sobre los cuales es importante llamar la atención aquí: el primero, sobre la diferencia entre la palabra escrita y hablada, y el otro en relación con la intimidad de su dolor. Ante el primero señala la mujer que ella puede tener más manejo sobre lo que escribe que sobre de lo que dice, pues, puede decidir a quién le muestra lo que escribe, pero, en el caso de las palabras habladas, surge el temor de no saber quien escuchará o a oídos de quién llegarán. Esta mujer no permitió incluso que se grabara su voz, ni siquiera ante la advertencia de que no se revelaría su identidad. Sobre ello señalaba que en medio de la "guerra", debido al uso de pasamontañas o telas para cubrirse los rostros y no ser identificados, la gente aprendió a reconocerse por los ojos y por la voz.

[205]

El relato de esta mujer siempre estuvo construido alrededor de la historia sobre la violación de su hija de ocho años; sin embargo, ante el acontecimiento como tal se conservó un completo silencio. Este silencio da cuenta de lo que Jelin señala como la estrategia para volver a marcar los espacios de intimidad e, igualmente, evidencia que la "guerra" afecta a las poblaciones en los barrios más allá de los acontecimientos específicos que marcaron sus vidas. Finalmente, esta mujer habló de su experiencia de vida marcada por la confrontación, con lo cual afirmó que, pese al silencio que guardaba sobre su experiencia traumática, la "guerra" estaba ahí presente en muchas otras formas y que su dolor debía ser puesto en público para evidenciar cómo la "guerra" había afectado su vida.

En este punto vale la pena hacer una reflexión sobre la palabra y su puesta en público. Si bien muchos autores señalan los beneficios de testimoniar, también, como lo plantea Jelin, "se torna necesaria una palabra de alerta sobre las 'bondades' del testimonio y el marco interpretativo utilizado para ubicar su sentido" (Jelin, 2002, p. 97).

Castillejo, por su parte, al analizar la figura de las comisiones de la verdad como mecanismos de reconstrucción histórica, explora “la manera como dicho proceso de reconfiguración histórica produce y refuerza una serie de silencios —sobre la experiencia y los hechos de la guerra— que emergen, paradójicamente ‘en el momento mismo de su articulación en el lenguaje’” (Castillejo, 2007, p. 78). Con esto hace un llamado a reflexionar sobre el lugar de la palabra en los contextos de emergencia del testimonio y a preguntar sobre las formas como se están produciendo silencios y omisiones de gran envergadura en esos contextos, que dejan los relatos de dolor y los testimonios sobre violaciones a los derechos humanos sin contextualización temporal, espacial y social, de ahí su propuesta de “escuchar con profundidad histórica”.

Existe una complejidad inherente al ejercicio de escuchar que plantea la dificultad de asir la densidad semántica e histórica de una frase. El problema no es darle una voz al otro, como reza el argumento neocolonialista, sino recalibrar la capacidad propia de escuchar con profundidad histórica. Adicionalmente, oír o escuchar está determinado por el contexto de enunciación que le impone unos límites a ese escuchar e incluso a ese decir. Cuando una comisión realiza estadísticas de violaciones de derechos humanos, guiada por el horizonte de una transición, la verdad y la reconciliación producen un abismo epistemológico, una incapacidad que imposibilita leer más allá de los límites impuestos por la definición (Castillejo, 2007, p. 85).

[206]

Como se ha visto, el ejercicio etnográfico en contextos de “guerra” demanda reflexiones metodológicas que van más allá de las herramientas y las formas como se hace el trabajo “con” los otros; lo cual propone debates y cuestionamientos teóricos sobre lo que implica reconstruir las memorias de la guerra, acercarse al dolor del otro, escuchar e interpretar las historias de las víctimas. En ocasiones, los investigadores nos acercamos al trabajo de campo con la pretensión de “darle voz al otro” como si las personas con quienes trabajamos carecieran de ella. No se trata simplemente de producir relatos y discursos sino de entender las implicaciones y condiciones de producción de los mismos. Lo que pone en evidencia este trabajo de campo, en el marco de la pregunta por el “quehacer” etnográfico, es la importancia de reconocer las formas, los contextos de producción de las voces de las víctimas y de qué manera, en aquello que prefiere callarse o aquello que es silenciado, hay razones que dan luces a las preguntas de investigación.

Referencias bibliográficas

1. Bello, Martha Nubia (Ed.). (2006). *Investigación y desplazamiento forzado. Reflexiones éticas y metodológicas*. Bogota: REDIF, Colciencias, Colombia.

2. Blair Trujillo, Elsa. (2008, enero-junio). Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 83-113.

3. Castillejo, Alejandro. (2007, enero-junio). La globalización del testimonio: Historia, silencio endémico y los usos de la palabra. *Revista Antípoda*, 4, Universidad de los Andes, Bogotá, 75-101.

4. Catela, Ludmila da Silva. (2000). De eso no se habla. Cuestiones metodológicas sobre los límites y el silencio de entrevistas a familiares de desaparecidos políticos. *Historia Antropología y Fuentes Orales*, HAFO, 24, Universidad de Barcelona, Barcelona, 69-75.

5. Catela, Ludmila da Silva. (2004). Conocer el silencio. Entrevistas y estrategias de conocimiento de situaciones límite. *Revista Oficios Terrestres*. Numero temático Comunicación y memoria, X (15/16), Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La plata, Buenos Aires, 42-54.

6. Clifford, James. (2001). *Dilemas de la Cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Gedisa.

7. Feld, Claudia. (2002). *Del Estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*. Madrid: Siglo XXI.

8. García Canclini, Néstor. (2001). Público-Privado: La ciudad desdibujada. *Revista Alteridades*, 11, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 5-10.

9. Guber, Rosana. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

10. Hoyos, Mauricio. (2001). *La Piel de la Memoria. Barrio Antioquia: Pasado, presente y futuro*. Medellín: Corporación Región, Agencia española de cooperación internacional, Secretaría de Educación y Cultura de Medellín.

11. Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI.

12. Lechner, Norbert. (2002). "Nuestros miedos" [en línea]. En: *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política* (pp. 43-60). Santiago de Chile. Disponible en: <http://cholonautas.edu.pe/memoria/lechner.pdf> [Consultado, octubre, 2008].

13. Ocaña, Enrique. (1997). *Sobre el Dolor*. Valencia: Pre-Textos.

[207]

14. Riaño Alcalá, Pilar. (2006a). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

15. Riaño Alcalá, Pilar. (2006b). El Desplazamiento interno y los trabajos de la memoria. En: Martha Nubia Bello (Ed.). *Investigación y desplazamiento forzado: reflexiones éticas y metodológicas* (pp. 91-111). Bogotá: REDIF, Conciencias, Colombia.

16. Sontag, Susan. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Buenos Aires: Alfaguara.

17. Theidon, Kimberly. (2006). "Hablar en el terror". Trabajo de campo en medio del conflicto armado. En: Martha Nubia Bello (Ed.). *Investigación y desplazamiento forzado. Reflexiones éticas y metodológicas* (pp. 56-72). Bogotá: REDIF, Conciencias, Colombia.

18. Tovar, Patricia. (2006). *Las viudas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: ICANH, Colciencias.